

Continuidad y cambio social en la cultura material de la vida cotidiana

Continuity and social change in material culture of daily life

Paloma GONZÁLEZ MARCÉN*, Sandra MONTÓN SUBÍAS* y Marina PICAZO GURINA**

* Centro de Estudios del Patrimonio Arqueológico de la Prehistoria-CEPAP. Patronat Flor de Maig, Avda. Flor de Maig s/n. 08290 Cerdanyola del Vallés.

** Departament d'Humanitats. Ramon Trias Fargas 25-27. 08005 Barcelona. paloma.gonzalez@uab.es, sandra.monton@icrea.es y marina.picazo@upf.edu

Recibido: 20-10-2005
Aceptado: 16-10-2006

RESUMEN

La investigación histórica ha supuesto generalmente que las formas de actividad humana relacionadas con la vida cotidiana tienden a ser similares y sin grandes cambios en todo tiempo y lugar. En la línea de la historia se presenta el ámbito doméstico como una constante ajeno, por tanto, a las transformaciones sociales, económicas, ideológicas y políticas que confieren dinamismo y creatividad a los cambios en las sociedades humanas. Sin embargo, se revisarán dos casos arqueológicos del área mediterránea en los que la cotidianidad y su expresión material en la organización del hábitat y en la innovación y gestión del conocimiento tecnológico han experimentado importantes transformaciones y creado nuevas formas de convivencia diaria.

PALABRAS CLAVE: *Historia de la vida cotidiana. Actividades de mantenimiento. Arqueología del género.*

ABSTRACT

Historical research has implied mostly that the ways of human activity related to everyday life tend always and everywhere to be similar and without any change. In this path of history, domestic activities are presented as a constant factor and, therefore, distant from social, economic, ideological and political transformations that confer dynamism and creativity to changes in human societies. However, two archaeological case studies will be presented in which quotidianity and its material expression, as it can be observed in the organization of habitat and in the innovation and management of technological knowledge, show significant transformations creating new ways of daily living.

KEY WORDS: *History of everyday life. Maintenance activities. Gender archaeology.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. Las actividades de mantenimiento en tiempos de cambio. 3. El yacimiento arqueológico de la Bòbila Madurell y la transición del Neolítico Medio al Neolítico Final en Cataluña. 4. Grecia y la transición de la Época Arcaica a la Época Clásica. 5. Conclusiones.

1. Introducción

En este artículo queremos proponer una interpretación de las transformaciones observadas en dos casos arqueológicos, muy alejados en el espacio y en el tiempo, de las prácticas de creación y mantenimiento de la vida, tal como se expresan en el registro arqueológico. Con ello, queremos incidir en la idea de que el análisis de las actividades relacionadas con la gestión de la vida cotidiana y de las redes de relación social que entorno a ella se generan resulta imprescindible para entender la dinámica de la vida en cualquier comunidad humana a lo largo de la historia.

En otras publicaciones (Colomer *et al.* 1998; González Marcén y Picazo 2005; Montón 2000), hemos llamado la atención sobre el hecho de que la investigación histórica haya mantenido a estas actividades, que nosotras denominamos de mantenimiento (Figura 1), fuera de su mirada al suponer que tienden a ser similares y sin grandes cambios en todo tiempo y lugar. El ámbito de las actividades de mantenimiento se ha considerado como una constante, ajeno, por tanto, a las transformaciones sociales, económicas, ideológicas y políticas que confieren dinamismo y creatividad a los cambios en las sociedades humanas.

Nosotras tenemos una visión diferente de cómo transcurre la vida y ocurren las cosas (y de cómo debieron transcurrir y ocurrir). Por eso, en este artículo, veremos qué sucede con algunas de estas formas de actividad precisamente en esos momentos que la historiografía conceptualiza como de transición. Lo haremos a partir del estudio de diferentes aspectos de la cultura material de dos sociedades situadas en diferentes tiempos y lugares de la historia del Mediterráneo: las comunidades neolíticas de Cataluña en la transición del Neolítico Medio al Neolítico Final y las comunidades griegas en la de la época arcaica a la clásica, durante el periodo formativo de la *poleis*.

En diversos trabajos recientes (Brumfiel 1991; Hastorf 1991; Wright 1996; Curià *et al.* 2000; Meyers 2003) se ha mostrado como la emergencia de élites en los grupos humanos implicó, con frecuencia, la apropiación de parte de la producción relacionada con las actividades de mantenimiento, apropiación que se usó para asentar las bases de la jerarquización social. Materiales arqueológicos normalmente ligados al ámbito doméstico, como fusayolas, pesas de telar, molinos de mano, etc.,

empiezan a aparecer en lugares que, por su situación o su forma de construcción, están asociados a otras esferas de la acción social, como la política, la religiosa o la del intercambio a escala no local. Se encuentran además en grandes cantidades, lo que puede interpretarse como una intensificación de las actividades productivas asociadas (sobre todo, el tejido y la preparación de alimentos). Parece, por tanto, que una parte de las transformaciones relacionadas con la emergencia de la desigualdad política se canalizó a través de formas de trabajo y prácticas de relación social preexistentes y que, probablemente, exigió nuevas formas de presión sobre quienes, tradicionalmente, realizaban estas actividades: básicamente, sobre las mujeres.

Este es uno de los puntos que nos interesa enfatizar en este trabajo: cualquier cambio dirigido a la intensificación en las formas de producción relacionadas con las actividades de mantenimiento, incluyendo las relacionadas con la creación de la vida, ha implicado un cambio y presión directos sobre las mujeres que las realizaban. Por ejemplo, el aumento demográfico significó en las sociedades tradicionales que las mujeres tuvieron más hijos, la centralización de la producción de tejidos o alimentos, más mujeres trabajando o mujeres trabajando mucho más. Y esas formas de trabajo pudieron ser utilizadas por otros, por ejemplo, por las élites, quienes, al obtener control sobre el trabajo doméstico, aumentaron su posibilidad de tomar decisiones so-

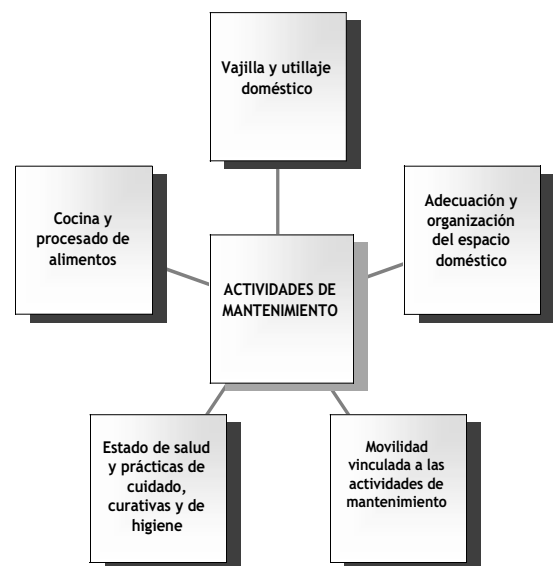


Figura 1.- Ámbitos englobados en las actividades de mantenimiento.

bre los procesos de producción y consumo y, por tanto, se hacían más poderosas. En definitiva, pensamos que en cualquier caso de transición entre formas de organización socio-política el ritmo y las consecuencias de las transformaciones macroeconómicas y de las estructuras sociales sólo pueden entenderse históricamente si se consideran de forma prioritaria los cambios que afectaron a las prácticas cotidianas de los grupos humanos.

2. Las actividades de mantenimiento en tiempos de cambio

Para la historia, como disciplina científica, la ordenación de los acontecimientos del pasado en un orden temporal lineal resulta fundamental. Necesitamos un mapa del tiempo para empezar a entender algo que descubrimos por primera vez (sea un yacimiento arqueológico, una nueva cultura, un suceso histórico, etc). De ahí la importancia de las fases, las cronologías y de los fósiles directores en arqueología; ordenamos la realidad del pasado (igual que la nuestra) a través del tiempo.

Y el tiempo histórico resulta impensable sin el cambio. Como nos comenta el protagonista de *The curious incident of the dog in the night-time*: “el tiempo no es más que la relación entre el modo en que cambian las diferentes cosas” (Haddon 2004). En nuestra cultura, donde el cambio se valora en positivo, “dada la experiencia que tenemos de que el cambio social del pasado nos ha conducido cada vez a tener mayor control material sobre la realidad” (Hernando 2002: 75), parece lógico que la historia narrada se haya detenido con especial interés en la explicación de los momentos de cambio social. Es más, la historia, como el tiempo, sólo es concebible si hay cambio. Por propia supervivencia, por tanto, nuestra disciplina debe explicar el cambio y enfatizar su significación.

En este contexto, las actividades de mantenimiento han configurado tradicionalmente un ámbito de escaso interés para el análisis histórico. De hecho, se las ha concebido como ahistóricas, que equivale a decir que no tienen tiempo. Sí, se reconoce a veces su presencia, pero no aportan significación a la dinámica histórica. Y es que al considerarse actividades sin tiempo y sin cambio, ¿qué falta va a hacer explicarlas...? Y lo que ni se explica ni se nombra se convierte en invisible.

Y no es solamente nuestra disciplina la que ig-

nora a las actividades de mantenimiento. Recientemente, por poner un ejemplo que nos ha llamado la atención, hemos leído críticas procedentes de diferentes ámbitos relacionadas con planes de desarrollo que se están llevando a cabo en el llamado Tercer Mundo. Parece ser que el diseño de muchos de estos planes no ha considerado a las actividades de mantenimiento ni a la gestión que existe en torno a ellas. Ello no sólo ha producido el fracaso de algunos de estos planes sino la aceleración de unos procesos contrarios a los pretendidos como por ejemplo mayor declive de los ecosistemas, de los recursos o incremento de la pobreza, sobre todo entre las mujeres (Ferguson 1994).

Y es que creemos que la investigación histórica ha confundido inmovilidad con resiliencia social y ubicuidad. Porque es algo diferente tener la cualidad de necesario a la de inmóvil. A las actividades de mantenimiento se les ha supuesto la última cuando en realidad lo que ocurre es que resultan imprescindibles para la vida de una comunidad, hasta el punto de proporcionar la capacidad de sobrevivir a cambios sociales traumáticos y facilitar, así, la resiliencia de las sociedades humanas.

Nosotras pensamos que existe suficiente evidencia de que las actividades de mantenimiento han experimentado en todos los periodos históricos cambios importantes, sobre todo en las fases llamadas de transición, cuando se produce un cambio histórico abrupto. Es verdad que en el caso concreto de la arqueología a veces resulta más difícil establecer cadenas de causalidad del tipo que comentábamos anteriormente al referirnos a los planes de desarrollo en el Tercer Mundo. Pero lo que sí vemos, cuando nos fijamos, es que los cambios en el registro arqueológico se producen a varios niveles, incluido el de las actividades de mantenimiento, y que lo hacen en un conjunto de posibles interrelaciones que son las que queremos interpretar.

En los casos particulares que analizaremos en este artículo, a modo de ejemplos históricos y metodológicos, proponemos observar concretamente qué cambios se producen en las formas de gestión de la alimentación durante la transición del Neolítico Medio al Neolítico Final en Cataluña y cómo se modifican las formas de residencia y convivencia dentro de las comunidades griegas desde la época arcaica a la clásica. En el primer caso nos centraremos en el yacimiento de la Bóbila Madurell (San Quirze del Vallés, Barcelona) y, en el segundo, en el de Olinto (Calcídica, Grecia).

3. El yacimiento arqueológico de la Bòbila Madurell y la transición del Neolítico Medio al Neolítico Final en Cataluña

La Bòbila Madurell constituye uno de los yacimientos neolíticos más importantes del nordeste peninsular, tanto por la cantidad de vestigios registrados como por su variedad cronológica y contextual (Canals *et al.* 1988; Marín *et al.* 1988; Bordas *et al.* 1993). Aunque la cronología del yacimiento es más amplia (incluyendo niveles de la Edad del Bronce, Primera Edad del Hierro, ibéricos y romanos) únicamente nos detendremos en la transición del Neolítico Medio al Neolítico Final (lo que nos sitúa en torno al 3.000 cal a.C.).

Desde el punto de vista de las estructuras, se han documentado fondos de habitación, estructuras de desecho y estructuras funerarias. La determinación del número total de estructuras prehistóricas documentadas en el yacimiento a lo largo de casi un siglo de intervenciones arqueológicas resulta difícil de establecer con exactitud ya que la información referente a las primeras excavaciones en la zona es poco explícita. Sin embargo, el número podría aproximarse al siguiente: 154 estructuras del Neolítico Medio, de las que 124 corresponden a sepulcros de fosa y 30 a fosas de desecho; 19 estructuras para el Neolítico Final, de las cuales 16 son fosas de desecho y 3, fondos de cabaña.

El Neolítico Medio en Cataluña, conocido también como la Cultura de los Sepulcros de Fosa, constituye uno de los conjuntos más espectaculares del Neolítico en la Península Ibérica. Su elemento más característico son precisamente las estructuras funerarias que, en ocasiones, configuran auténticas necrópolis (Pou *et al.* 1994). Se trata de fosas excavadas en el suelo, generalmente individuales y acompañadas de ajuar. La investigación arqueológica ha destacado el diferente tratamiento que recibían los inhumados en cuanto a la calidad y la cantidad de ofrendas funerarias y las características excepcionales de muchos de los componentes de los ajuares, tanto por la procedencia de las materias primas (calaíta de las minas de Gavá, sílex melado del sur de Francia) como por el nivel técnico de su manufactura (tal como muestran los collares de calaíta, las láminas de sílex melado, las hachas pulidas o los largos punzones de hueso). Estos aspectos han permitido suponer la existencia de complejas redes de intercambio y manufactura y, dada su plasmación desigual en los ajuares funerarios, de

jerarquización y complejidad social extraordinaria. No se han documentado estructuras de hábitat aunque sí fosas repletas de desechos domésticos entremezcladas con las sepulturas, relacionadas, sin duda, con el almacenamiento de cereal en un primer momento y su posterior amortización como basureros.

El Neolítico Final configura una etapa menos conocida. Como ocurre para otros muchos periodos conceptualizados como de crisis, al Neolítico Final se le caracteriza sobre todo por la ausencia de los elementos que definían el periodo anterior. Disminuyen los yacimientos registrados, los enterramientos pasan a ser colectivos sin ajuares o con ajuares muy escasos, desaparecen del registro los ornamentos de calaíta y las láminas de sílex melado y disminuye la variabilidad de las formas cerámicas. Como característica relevante aparecen en la Bòbila Madurell grandes cabañas semienterradas con dispositivos interiores como fosas de almacenamiento u hogares que también parecen darse en otros yacimientos menos conocidos de este mismo momento, como el yacimiento de El Coll o Can Vinyals en la misma comarca (Martín *et al.* 1996). Todo ello incide en que el Neolítico Final se describa como un periodo de recesión, con una menor complejidad social y organizativa.

Desde nuestra perspectiva, nos interesaba, sobre todo, ver de qué manera se concretaban los cambios definidos por esta transición en la dinámica social cotidiana. Para ello se inició, en otro trabajo (González Marcén *et al.* 2005), una línea de análisis no exclusivamente centrada en la evidencia funeraria y las relaciones intergrupales, sino en aquellas evidencias materiales que pudieran informarnos sobre la dinámica interna de funcionamiento de las comunidades que habían vivido en la Bòbila Madurell en estos dos periodos. Así, podríamos evaluar la relación de los cambios defendidos como estructurales con los cambios que podríamos tildar de vivenciales.

Este análisis se inició con el estudio del conjunto cerámico ya que consideramos que mostraba el soporte básico de los procesos de la organización subsistencial y la gestión alimentaria de estos grupos neolíticos. Lo primero que hicimos fue un análisis de componentes principales (utilizando variables métricas y morfológicas), pues este tipo de análisis era el más adecuado para averiguar las preferencias en la elaboración y uso de los contenedores cerámicos, para poder documentar o no cambios

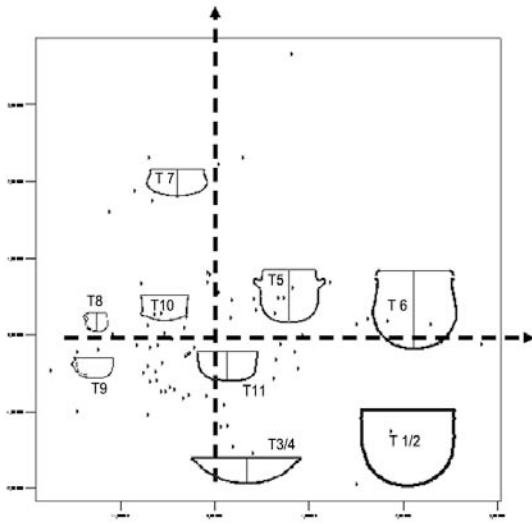


Figura 2.- ACP de vasos con perfiles completos de vasos neolíticos del yacimiento de la Bóbila Madurell.

en esta práctica y para ver cómo se relacionaban estos cambios con la gestión culinaria de la comunidad.

Una vez definidos los tipos cerámicos mediante el análisis ACP se efectuó una primera aproximación funcional al conjunto (Figura 2). A partir de diferentes estudios arqueológicos y etnoarqueológicos (Martínez 1993; Juhl 1995) sabemos que ciertos parámetros morfológicos y métricos observables en los conjuntos cerámicos arqueológicos pueden relacionarse con funciones básicas de los vasos referidas, a su vez, al proceso de obtención, procesado y almacenamiento de alimentos y productos relacionados.

En esta primera aproximación funcional se tomó como primer parámetro de clasificación el volumen de los tipos morfométricos, lo que nos permitió establecer hipótesis sobre la naturaleza del contenido al que iban destinados, la variable temporal de uso (largo, medio y corto plazo), los sistemas de procesado de los contenidos y la manejabilidad y movilidad potencial de los recipientes (Shott 1996).

Afortunadamente, el contar con un volumen considerable de material cerámico procedente de diferentes contextos arqueológicos y momentos cronológicos también permitió realizar un trabajo en el que se proponía un modelo de organización y funcionamiento de los diferentes asentamientos del yacimiento. El estudio se realizó, por lo tanto, a partir de la caracterización de los contextos rituales (fosas de enterramiento), los contextos de desecho

(fosas domésticas amortizadas) y los contextos de uso/abandono (fondos de cabaña). Sin embargo, las comparaciones entre el Neolítico Medio y el Neolítico Final se establecieron únicamente a partir de los contextos de desecho (fosas domésticas), los únicos comunes a ambos periodos.

En esta comparación aparecían diferencias significativas en el conjunto de vasos grandes (grupos A y B), altamente representados en el Neolítico Final, y el conjunto de vasos pequeños (grupos C y D) que, por el contrario, estaba infrarrepresentado en la última fase neolítica (Figura 3). En menor medida, también los grandes contenedores (grupo E) aparecían en mayor número durante el Neolítico Final. Como elemento innovador, además, en el Neolítico Final se registraron por primera vez las denominadas placas de cocción.

En suma, entre estas dos fases, parece perfilarse un cambio en la gestión de la alimentación, a través de la expresión en el registro de los grupos funcionales de vasos cerámicos caracterizado por el desplazamiento hacia la elaboración, uso y descarte de contenedores de mayor tamaño (tanto para el almacenaje como para la preparación alimentaria) en el Neolítico Final que, sin embargo, no viene acompañado de un incremento proporcional de vasos pequeños, destinados al consumo o a la preparación o trasvase de pequeñas cantidades de sólidos o líquidos. Tal vez podamos deducir de ello la preferencia por un consumo de alimentos más individualizado en el Neolítico Medio y más comunitario en el Neolítico Final. Por otro lado, el dato cualitativo de la presencia de placas de cocción únicamente en contextos del Neolítico Final parece indicar, al me-

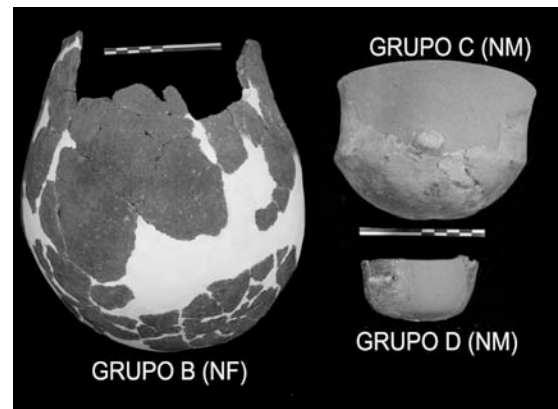


Figura 3.- Grupos representativos de las transformaciones de los ajuares cerámicos de los asentamientos neolíticos del yacimiento de la Bóbila Madurell. (Fotografías: Jorge Martínez Moreno).

nos, la introducción de nuevas formas de cocinado, ya que estas formas se relacionan con la elaboración de tortas de pan.

Estas tendencias que vemos marcadas por la distribución de los tipos funcionales cerámicos parecen coincidir con la tendencia que muestra el tratamiento funerario, que es individual en el Neolítico Medio y colectivo en el Neolítico Final, con la práctica ausencia de materiales de ajuar individualizantes.

Los indicadores arqueológicos, tanto en el ámbito del procesado y consumo alimentario, como en el tratamiento funerario, nos estarían mostrando que, más allá de los cambios de estrategias económicas y de la interrupción de las redes de intercambio y de excelencia técnica que habían caracterizado el Neolítico Medio, el Neolítico Final muestra un cambio profundo de las relaciones intragrupalas con, probablemente, grupos coresidenciales mayores y prácticas de convivencia (en tanto que el procesado, distribución y consumo de alimento puede definirse sin lugar a dudas como una variable fundamental de estas prácticas) con una tendencia colectivizante. Además, quizás podamos también relacionar la presencia de nuevos alimentos, como las tortas de pan, con determinados tipos de estrategias económicas que requieren un tipo de alimento más móvil. En este sentido, podemos citar el supuesto aumento de la importancia de la ganadería para la última fase neolítica.

Ciertamente, como planteábamos al principio, podemos afirmar que las actividades de mantenimiento no son una variable constante sino que muestran cambios de la misma profundidad y alcance que los denotados por la evidencia funeraria y los patrones de asentamiento o las redes de intercambio. ¿Quién nos dice que los cambios en la gestión de la alimentación no son un mejor indicador de las transformaciones socio-económicas que la gestión del intercambio intercomunitario o que las pautas funerarias? ¿Y qué nuevas cuestiones se plantean cuando el registro material sugiere un cambio tan marcado de las pautas de convivencia y de cotidianidad?

4. Grecia en la transición de la Época Arcaica a la Época Clásica

El período arcaico de la historia de Grecia se considera, generalmente, el de la formación de las *poleis*

griega. En la transición de la época arcaica a la época clásica se sitúa la emergencia de la democracia como forma política de algunas *poleis* griegas.

Tras la larga etapa que siguió el hundimiento de los palacios de la Edad del Bronce, las comunidades griegas iniciaron una fase de grandes cambios desde finales del s.IX a.C., marcada por un aumento de asentamientos relacionado con un crecimiento demográfico generalizado, un rápido desarrollo de los intercambios comerciales, la intensificación de la producción agrícola y la evolución de los sistemas políticos, muy ligada a los conflictos sociales entre grandes propietarios y pequeño campesinado.

Estos factores han sido analizados reiteradamente por la investigación académica. En cambio, se ha dado escasa importancia al estudio de la vida cotidiana en la Grecia arcaica y, todavía menos, a los cambios que experimentó el ámbito doméstico en las comunidades griegas en la época formativa de las *poleis*. No obstante, trabajos recientes sobre la arquitectura doméstica de algunos yacimientos griegos permiten una aproximación a esta temática (Morris 1999; Nevett 1999). En este sentido, resulta muy ilustrativa la información procedente del yacimiento de Olinto, un yacimiento de época clásica (432 a.C.-348 a.C.) situado en la península de la Calcídica. Una gran parte del yacimiento se excavó entre 1928 y 1938 por David M. Robinson, quien publicó los restos de más de 100 casas, que todavía hoy constituyen el mejor conjunto de datos arqueológicos para el estudio de la casa y de la organización urbana de la Grecia Clásica (Robinson y Mylonas 1946).

Una de las casas más extendidas en la *poleis* griega clásica es la que se denomina de tipo *pastas*, por un elemento que funciona a modo de pasillo (aunque sin techo) y que, junto con un patio, comunica todas las estancias internas. Se trata de una casa cerrada al exterior, con una única entrada, sin ventanas o con ventanas pequeñas y altas, para evitar que se pueda ver desde el exterior. Los dos espacios abiertos, el patio y el *pastas*, conectan físicamente las diferentes partes de la casa e iluminan las habitaciones. Socialmente definen las zonas de mediación entre las diferentes actividades y grupos de la vida doméstica.

Este tipo de casa parece haber emergido a lo largo del siglo VI a.C. en los diversos lugares de la cuenca egea donde se forman las *poleis*, a partir de las formas de vivienda que se habían desarrollado a lo largo de la Edad del Hierro.

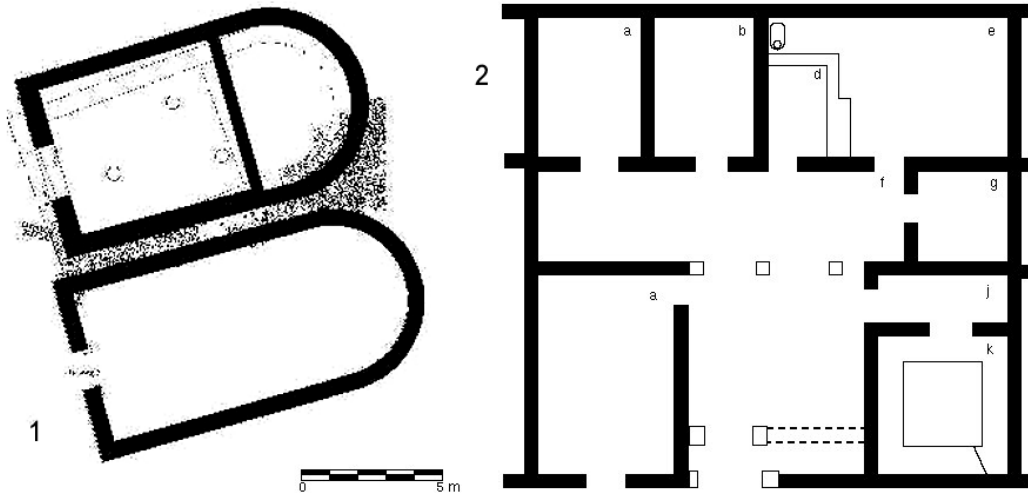


Figura 4.- 1. Planta de los edificios absidales de la fase I de Assiros en Macedonia central (750-650 a.C.). (Fuente: <http://artsweb.bham.ac.uk/aha/kaw/Assiros/assirosindex.htm> [Actualizada el mes de junio de 2005] Acceso el 10/1/2006).

2. Planta de la casa A VII4 de Olinto en la Calcídica (432 a.C.-348 a.C.). (Fuente: Robinson, D.M. y Graham, J.W. (1938): *The Hellenic house: a study of the houses found at Olynthus with a detailed account of those excavated in 1931 and 1934 Excavations at Olynthus*, Part VIII, Johns Hopkins Press, Baltimore: fig. 5).

Las diferencias entre las viviendas de época clásica y las de la Edad del Hierro son muy significativas (Figura 4). Aunque no hay un patrón definido para la Edad del Hierro, podemos afirmar que antes del 750 a.C. la mayor parte de las casas, de planta absidal u oval, disponían de una sola habitación y, en algunas ocasiones, de un patio abierto frente al edificio. Al contrario que los patios del período clásico, éste no estaba resguardado del paso de transeúntes frente a la casa.

Durante la Edad Oscura parece que la estructuración de la vida en los asentamientos y su espacio social estaba en gran parte controlada por los ritmos y las necesidades de las actividades de mantenimiento que representaban probablemente la mayor parte de las prácticas sociales, incluyendo las relacionadas con la producción básica de subsistencia, es decir, la producción agrícola. En los poblados egeos del siglo VIII y VII a.C. todavía resulta difícil reconocer habitaciones especializadas e incluso, en ocasiones, parece que las actividades de mantenimiento no estaban totalmente individualizadas en unidades domésticas específicas.

Hacia el 650 a.C. asistimos a una primera redefinición del espacio doméstico al aumentarse el grado de su compartimentación interna. Con todo, el interior sigue siendo reducido y el pequeño número de habitaciones ofrece poca oportunidad para la separación de actividades o personas. Incluso en

las casas más grandes, el espacio presenta pocas subdivisiones. Además, aunque en ocasiones el patio se cierra por uno o más de sus lados, parece darse poca importancia a la privacidad y a la limitación de la visibilidad desde el exterior, a diferencia de lo que ocurre en el período clásico. A partir de entonces, existe una separación entre el espacio interior y el exterior, una clara intención de crear una mayor privacidad en el entorno doméstico, y el aumento de tamaño de la vivienda se traduce en una consiguiente segmentación y relativa especialización del espacio interior para propósitos diferentes. Con estos datos en la mano, podemos afirmar que la mayor diferencia entre las casas de la Edad del Hierro y las del período clásico parece haber sido la intención de sus constructores de crear una nueva privacidad en el entorno doméstico y de separar físicamente a los ocupantes de la casa y a sus actividades del mundo exterior.

Sin duda, la habitación mejor conocida en la casa clásica es el *andron*. El *andron* constituye también la habitación más destacada, la mejor iluminada, la que presenta unas características más elaboradas (suelos, paredes, decoración, etc.) y el único espacio abierto al exterior. Socialmente, el *andron* representa un área que proporciona una zona de ocio y comensalidad a los huéspedes del cabeza de familia a través de la celebración del simposio, al que no podían asistir las mujeres de la familia. Es-

tas ocasiones sociales habían de mantenerse separadas del resto de las actividades domésticas, lo que implicaba un cuidadoso control de la comunicación en el contexto doméstico.

Aún así, la evidencia textual y artística sugiere que, dentro de la casa y de una misma familia, las mujeres y los hombres estaban en estrecho contacto entre sí en diferentes momentos de la vida cotidiana. Es posible que algunas habitaciones se ocuparan más por hombres o por mujeres, pero las pautas de actividad probablemente debían cambiar en los diferentes momentos del día o en las diferentes estaciones del año. La separación tan solo era estricta en el espacio y el tiempo del simposio, cuando huéspedes ajenos a la familia se mantenían lejos del contacto con las mujeres de la misma.

Por otra parte, en muchas de las casas de Olinto se ha identificado la existencia de un conjunto de habitaciones relacionadas con el cocinado de alimentos, formado por una habitación grande (como media, de 4,6 x 5,6 m.), a veces con un hogar de piedra, y una o dos habitaciones más pequeñas en uno de los lados cortos de la primera. Una de las habitaciones pequeñas normalmente se pavimentaba con losas de piedra y presenta una puerta al patio o al *pastas*. También encontramos zonas para el almacenamiento de diferentes productos destinados a la alimentación que, en ocasiones, ocupan el mismo espacio físico que el de las actividades relacionadas con el procesado culinario y, en otras, habitaciones específicas.

No podemos olvidar que las ciudades griegas tenían, básicamente, una economía agrícola. La mayor parte de las familias que habitaban en las casas urbanas poseían tierras en el campo y vivían de los productos agrícolas obtenidos. Como parte de las estrategias del campesinado griego para minimizar los riesgos de la agricultura mediterránea, en las casas se almacenaban alimentos suficientes para un año, lo que implicaría, para seis personas, unos 1500 kg. Esas cantidades requerían mucho espacio y facilidades específicas para mantener el grano seco y libre de plagas. Se guardaban básicamente cereales, y, en menor cantidad, aceitunas, aceite, vino, miel, etc...

Además, algunas de las actividades de mantenimiento (principalmente las relacionadas con el procesado alimenticio y el tejido) superaban el umbral de la propia casa, pues sus productos se destinaban a un consumo externo. Estas industrias domésticas no eran una actividad marginal o secundaria pues

en una parte considerable de las casas de Olinto se halló evidencia de la producción de bienes para el consumo exterior a la casa.

Hasta aquí hemos relatado los principales cambios que se produjeron en la concepción y construcción de las casas griegas desde la Edad del Hierro hasta época clásica. Podemos preguntarnos, por tanto, a qué responde la introducción de estos cambios en la planificación de las casas y qué representan para las relaciones que se establecen entre la casa, sus habitantes y los habitantes del resto de la comunidad.

Sabemos que todos estos cambios en las casas griegas acaecieron en un periodo muy significativo de la historia de Grecia. Morris sitúa en este momento la aparición de una clase 'media', formada por ciudadanos hombres que vivían del trabajo de sus tierras, eran hoplitas y participaban en alguna forma de actividad pública (Morris 1998: 26). Este sector fue, probablemente, el creador del *ethos* igualitario que dió lugar en algunas ciudades a la idea de la isonomía política que conocemos como democracia griega. Surgió ahora, al menos entre algunos autores, la idea de que la buena comunidad era la que estaba formada por este tipo de hombres y que como tal comunidad, no podía haber una fuente de autoridad superior a la de este grupo. Paradójicamente, esta idea de la isonomía se basaba en una ideología asimétrica de las funciones e identidades sexuales, ya que la isonomía estaba diseñada para referirse únicamente al mundo de los hombres.

También se gestaron durante este periodo los arquetipos principales de mujer que conocemos tan bien en la Grecia clásica, entre los que se encuentra el de la mujer respetable (en sus acepciones de madre, hija o esposa), que describe a una mujer sometida durante toda su vida a la autoridad de un hombre, cuya principal función en la vida es casarse y proporcionar herederos. Esta es la información que extraemos de las fuentes, pero la arqueología añade más: una parte importante de la economía familiar, como hemos visto, descansaba sobre las actividades de mantenimiento, realizadas por las mujeres de acuerdo a los textos.

Nosotras creemos que la reorganización del espacio doméstico a lo largo del siglo VI a.C. está relacionada con profundos cambios en la ideología de género dominante. La asociación simbólica entre exterior/público/masculinidad e interior/privado/feminidad, tan fundamental en el pensamiento ateniense clásico sobre el género, aparece directamen-

te relacionada con la emergencia de las casas de habitaciones múltiples y patio que se conoce en algunos lugares desde comienzos del siglo VII a.C. A partir de entonces, el espacio doméstico representó para la mujer, al mismo tiempo, su propio espacio y la restricción de su autonomía.

Las clases 'medias' sostuvieron una política de individualismo agresivo y de competición donde la familia nuclear era una necesidad de la vida y la esposa tenía que formar parte del esfuerzo corporativo. Su función más importante tenía que ser proporcionar un heredero, algo crucial para la supervivencia y continuidad de la familia, pero también era esencial su función como guardianas del ámbito doméstico y organizadoras de las importantes actividades económicas que tenían lugar en las casas griegas. Desde el punto de vista de esa clase, la excesiva autonomía de las mujeres podía significar una amenaza al delicado equilibrio de factores que permitían el sostenimiento de los grupos familiares y sus propiedades. De ahí que, a partir de las antiguas tradiciones sobre la amenaza que representaba la sexualidad femenina, emergiese la necesidad de regular, limitar y delimitar el trabajo y la persona de la mujer. Como opinan Cohen (1989) y Nevett (1994) la casa con patio con entrada controlable y líneas de visión restringidas maximizaba las oportunidades para los hombres griegos de crear una imagen de espacio sexuado, que se convirtió en una poderosa metáfora de la estructura de la comunidad.

5. Conclusiones

Comentábamos al principio de este artículo que las formas de actividad humana relacionadas con

las actividades de mantenimiento han atraído escasa atención de la investigación histórica y arqueológica. Creemos, sin embargo, que existe suficiente evidencia de que han experimentado en todos los períodos históricos importantes cambios, sobre todo en las fases llamadas de transición. En el caso del mundo griego, una de esas fases se dio durante los siglos arcaicos, cuando el urbanismo griego empezó a sufrir una importante transformación que se plasmó con toda su rotundidad en las ciudades de época clásica.

Lo que resulta especialmente significativo es que este cambio evidente en la concepción del espacio urbano y el paralelo incremento en la producción agraria se relaciona no solo con la necesidad de controlar a las mujeres, sino con cambios fundamentales en la organización de las actividades de mantenimiento y del trabajo artesanal. La casa era la principal unidad económica de la *poleis* donde se llevaban a cabo las tareas de transformación de la producción agrícola tanto para consumo interno como para el externo y eso se logró a partir de una importante reorganización de la vida cotidiana, de las actividades de mantenimiento y de quienes las realizaban y controlaban.

En este caso, por tanto, igual que para el período de transición neolítico que hemos comentado como primer ejemplo y que para otros casos de transición entre formas de organización socio-política, el ritmo y las consecuencias de las transformaciones macroeconómicas y de las estructuras sociales sólo pueden entenderse históricamente si se consideran de forma prioritaria los cambios que afectaron a las prácticas cotidianas de los grupos humanos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BORDAS, A.; DÍAZ, J.; POU, R.; PARPAL, A.; MARTÍN, A. (1993): Excavacions arqueològiques 1991-1992 a la Bòbila Madurell-Mas Duran (Sant Quirze del Vallès, Vallès occidental). *Tribuna d'Arqueologia 1992-1993*: 31-47.
- BRUMFIEL, E.M. (1991): Weaving and cooking: women's production in Aztec Mexico. *Engendering Archaeology. Women in Prehistory* (J.M. Gero y M.V. Conkey, eds.), Blackwell, Oxford: 224-251.
- CANALS, A.; MERCADAL, O.; RIBÉ, G. (1988). El complex arqueològic "Bòbila Madurell-Serrat de Can Feu": història de la investigació (1921-1987). *Arraona*, 2 III Època: 9-26.
- COHEN, D. (1989): Seclusion, separation, and the status of women in classical Athens: *Greece&Rome*, 36: 3-15.
- COLOMER, L.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S. (1998): Maintenance activities, technological knowledge and consumption patterns: a view from northeast Iberia. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11: 53-80.
- CURIÀ, E.; MASVIDAL, C.; PICAZO, M. (2000): Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en Iberia septentrional. *Arqueología Espacial*, 22: 107-122.
- FERGUSON, A. (1994): Gendered Science: A Critique of Agricultural Development. *American Anthropologist*, 96: 540-552.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; PICAZO, M. (2005): Arqueología de la vida cotidiana. *Arqueología y Género* (M. Sánchez Romero, ed.), Universidad de Granada, Granada: 141-158.
- HADDON, M. (2004): *The curious incident of the dog in the night-time*. Vintage.
- HASTORF, C.A. (1991): Gender, space and food in Prehistory. *Engendering Archaeology. Women in Prehistory* (J.M. Gero y M.V. Conkey, eds.), Blackwell, Oxford: 132-162.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Akal, Madrid.
- JUHL, K. (1995): *The relation between vessel form and vessel function. A methodological study*. AmS-Skrifter 14, Stavanger.
- MARTÍN, A.; DÍAZ, J.; POU, R.; MARTÍ, M.; BORDAS, A. (1996): Estructuras de hábitat al aire libre veracienses en el Vallès (Barcelona). *Rubricatum*, 1: 447-453.
- MARTÍN, A.; MIRET, J.; BLANCH, R.M.; ALIAGA, S.; ENRICH, R.; COLOMER, S.; ALBIZURI, S.; BOSCH, J. (1988): Campaña d'excavacions arqueològiques 1987-88 al jaciment de la Bòbila Madurell-Can Feu (Sant Quirze del Vallès, Vallès occidental). *Arraona*, 3 III Època: 9-23.
- MARTÍNEZ, R. (1993): Fonction de la céramique et régime alimentaire. *XVe Colloque interrégional sur le Néolithique (Paris, 5 et 6 novembre 1989). Le Néolithique au quotidien. 4. L'alimentation* (J.C. Blanchet, dir.), Maison des Sciences de l'Homme, Paris: 127-132.
- MASVIDAL, C.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MORA, R. (2005): El conjunto cerámico de Bòbila Madurell (Sant Quirze del Vallès, Barcelona). Bases para su estudio funcional y contextual. *III Congreso del Neolítico de la Península Ibérica*, Santander: 305-316.
- MEYERS, C. (2003): Material Remains and Social Relations: Women's Culture in Agrarian Households of the Iron Age. *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past: Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palestine* (W. G. Dever y S. Gitin, eds.), Eisenbrauns, Winona Lake, Ind.: 425-44.
- MONTÓN, S. (2000): Las mujeres y su espacio: Una historia de los espacios sin historia. *Arqueología Espacial*, 22: 45-59.
- MORRIS, I. (1999): Archaeology and Gender Ideologies in Early Archaic Greece. *Transactions of the American Philological Association*, 129: 305-317.
- MORRIS, I. (1998): Archaeology and archaic Greek History. *Archaic Greece: New approaches and new evidence* (N.R.E. Fischer, H. Van Wees y D.D. Boedeker, eds.), Classical Press of Wales, Londres: 1-45.
- NEVETT, L. (1994): Separation or seclusion?: Towards an archaeological approach to investigating women in the Greek house in the fifth to third centuries B.C. *Architecture and Order: Approaches to Social Space* (M. Parker Pearson y C. Richards, eds.), Routledge, Londres: 98-112.
- NEVETT, L.C. (1999): *House and Society in the Ancient Athens*. Cambridge University Press, Cambridge.
- POU, R.; MARTÍ, M.; DÍAZ, J.; BORDAS, A. (1994): Estudio de la necrópolis del grupo de Sepulcros de Fosa del yacimiento de "Bòbila Madurell" (Sant Quirze del Vallès, Barcelona) en el contexto del Neolítico medio reciente en Catalunya. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXIV (3-4): 61-76.
- ROBINSON, D.M.; MYLONAS, G.E. (1946): *Domestic and Public Architecture. Excavations at Olynthus Part XII*. Johns Hopkins Press, Baltimore.
- SHOTT, M.J. (1996): Mortal pots: on use and vessel size in the formation of ceramic assemblages. *American Antiquity*, 61: 463-482.
- WRIGHT, R.P. (1996): Technology, Gender, and Class: Worlds of Difference in Ur III Mesopotamia. *Gender and Archaeology* (R.P. Wright ed.), University of Pennsylvania Press, Philadelphia: 79-110.